

El Opio del Pueblo

Por Samuel Claro Valdés

Hasta ahora estábamos acostumbrados a escuchar la máxima marxista de que la religión es el opio del pueblo. Hace unas semanas, en cambio, se ha agregado la música a esta droga que, sin duda, habrá sido experimentada por quienes establecen tales comparaciones. El líder shiíta Khomeini, en Irán, ha resuelto prohibir la música, en lugar de prohibir las ejecuciones de seres humanos, sobre las que el resto del mundo parece reaccionar tan sólo llevando prolija contabilidad.

Conocemos únicamente la información cablegráfica de esta noticia, pero ella trae elementos notables que vale la pena comentar. Khomeini no ha procedido por capricho, ni mucho menos equivocado del todo. Según él, la música "es algo que atrae a todos naturalmente, pero los saca de la realidad y los lleva a un estado vital fútil e inferior... Así como ocurre con el opio, continúa, la música adormece y hunde en el sopor (y hace) perder a nuestro jóvenes la fuerza y su virilidad". Reconoce Khomeini, por tanto, el enorme poder que ejerce la música y le asigna una influencia, en este caso, tan negativa como para hacer perder vitalidad y virilidad. En esto no hace más que inscribirse en corrientes muy antiguas sobre problemas de influencia de la música y, por cierto, en la tradición de Mahoma. Claro está que no especifica qué género de música se trata, si bien podemos pensar que es de aquella línea masificada y comercial, inferior y poco viril, que se extiende subrepticamente por todo el mundo con ansias de dominio universal, y que es capaz de socavar hasta lo profundo las fibras de sensibilidad y de identidad de los pueblos. Por eso, el ayatollah sos-

tiene, al analizar la radio y televisión como medios de comunicación que difunden música, que "si queremos la independencia de nuestro país hay que suprimir la música, sin temor de que se nos acuse de pasados de moda y puesto que entregarse a la música es traicionar a la nación y a nuestra juventud". Según él, estos medios "sólo tienen un objetivo: hacer dar un paso atrás al pueblo, impedirle que reflexione sobre su suerte, convertirlo en un extraño a su destino". En verdad, ¿cómo se puede reflexionar sobre nuestro destino si estamos sumergidos en la estridencia y mediocridad omnipresente?

Es cierto que el Islam es poco favorable a la música y que el propio Mahoma la consideraba con hostilidad, pero no ha habido prohibición capaz de ahogar los refinados y sutiles giros melódicos de los antiguos persas. Antes bien, la música del mundo árabe alcanzó tal perfección que se ha dicho que su cultivo "reduce a la insignificancia la dedicación a este arte en la historia de cualquier otro país". Conocida es la anécdota, digna de las Mil y una Noches, del músico Mukharik, quien luego de seguir por las calles a una hermosa doncella, logró entrar en su casa, donde la escuchó cantar sus propias obras. Pero como se equivocara, relata que "tomé el laúd y canté la primera canción que ella había cantando antes; al oírlo todos se pusieron de pie y besaron mi cabeza. Canté la segunda canción y la tercera, y su razón huyó casi en éxtasis". De más está decir que Mukharik obtuvo a la doncella por esposa, pero quizá si su recuerdo abundaría en razones a Khomeini para temer a la música tanto como al opio.

AUTORÍA

Claro Valdés, Samuel, 1934-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Opio del Pueblo [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile